

NUESTRA IGLESIA NECESITA UN CAMBIO DE ROSTRO

Hace algún tiempo, yo envié a todos los obispos de Chile una carta en la que les manifestaba como veía -desde mi situación de obispo emérito- la situación de la Iglesia en nuestro país y sugería algunas orientaciones pastorales que me parecían oportunas.

La revista **Mensaje**, que conoció por mí el texto de esa carta ③ que no era confidencial③, creyó oportuno publicarlo, como artículo mío, en su número 519, de junio de 2003.

En la primera parte de mi carta intentaba dar una interpretación de lo que ocurre en nuestro país y en su Iglesia. No volveré sobre este tema, limitándome a resumirlo en pocas palabras.

La Iglesia, en el Chile colonial, -al igual que la sociedad y el Estado de esa época-, descansaba sobre, o por lo menos privilegiaba: la **autoridad**, el **orden** y la **institucionalidad**. Promovía la **austeridad** de vida y una moral estricta, sino **rigorista**.

En los siglos XIX y XX, cinco olas gigantescas quebraron contra la roca de la Iglesia Colonial: el reclamo de **libertad**, el reclamo de **justicia** y de **igualdad**, el reclamo de la **libre inspiración religiosa** y el reclamo de **felicidad**, expresado en la idolatría del dinero y la liberación moral.

El liberalismo, el socialismo, el evangelismo son expresiones de los tres primeros reclamos; el consumismo y el permisivismo del reclamo de felicidad.

De allí que tengamos ahora tres iglesias: la **tradicional**, la **crítica** y la **actual**, las que exigen de los pastores actitudes diferentes.

En la segunda parte de mi carta, proponía cinco medidas pastorales, o mas bien cambios de actitud y de enfoque, inspirados en la tradición apostólica de la Iglesia, en su magisterio actual y en el conocimiento de la

realidad chilena. Las voy a retomar ahora, con mas claridad y precisión que en la carta y el artículo aludidos

1.- Siguiendo “Ecclesia in América”.

Dice “Ecclesia in América” que el católico del siglo XXI, en América al menos, deberá tener tres características.

a.- Ser un hombre o una mujer que haya tenido un **encuentro personal con Dios** que le cambió la vida. No solo católico por tradición, por familia, por educación, por cultura, sino un convertido, un discípulo de Cristo, un seguidor del Evangelio, dócil al Espíritu Santo, un participante en el misterio eucarístico, un cristiano fiel a la sucesión apostólica, con espíritu eclesial.

b.- Será un hombre o una mujer **poseído por el amor**. Un cristiano que vive enamorado, de Dios, y de los hombres por amor a Dios, y que todos sienten que lo está. Que no se diga de él que es católico porque va a misa el domingo o porque da una contribución a la Iglesia o porque educa a sus niños en un colegio católico, sino porque es bueno, en su hogar y en su trabajo, bueno siempre, bueno con todos.

c.- Será un hombre o una mujer **solidario con todos los hombres**, sin sectarismos, sin odios, sin envidias sin rencores, compasivo con todos los que sufren, dispuesto a ayudar a quienes necesiten su ayuda, viendo el bien donde quiera que esté, aun en quienes se consideren sus enemigos y defendiéndose del mal donde quiera que esté, aun en sus amigos y en él mismo.

Una tal actitud distraería la atención del mundo de una Iglesia Católica vista como institución poderosa, prestigiosa, influyente y la centraría en la Iglesia Católica como una escuela de santidad en que se forman los discípulos de Cristo, en la humildad, en la oración y en la

caridad. Nos haría pasar de lo “eclesiástico”, necesario y bueno pero muy cargado de contaminaciones históricas y culturales, a lo “eclesial”, a lo evangélico, al empeño por la santidad que es lo que atrae a los hombres a Cristo. Se trata de liberar la “inspiración” religiosa, los carismas y las vocaciones diversas, la necesidad de afectividad, de creatividad, de poesía, de belleza y de mística que anida en el corazón del hombre de hoy, dentro de la “comuni3n” de la Iglesia, más que en un marco disciplinario o legalista.

2.- Nuestros hermanos evangélicos y pentecostales: un cambio de actitud

Sabemos la larga historia de desconocimientos, desconfianzas y conflictos que nos han separado de evangélicos y de pentecostales y, más en general, de las iglesias protestantes y de las llamadas sectas, a lo largo del siglo XX. Y, sin embargo, nadie en Chile, fuera de nuestra propia Iglesia tiene mas cosas en común con nosotros que ellos. A lo largo del siglo XX, un o dos millones de católicos ③ por lo general obreros o campesinos, personas de pequeña clase media③ han abandonado nuestra Iglesia, no para ir a ideologías extremistas, no para dedicarse al alcohol, a la droga o al desorden sexual, sino para encontrar a Cristo en un ambiente mas acogedor, mas sencillo, mas participativo, más fraternal que el que encontraban, según ellos, en la Iglesia Católica.

Sé que el crecimiento de las iglesias cristianas no católicas en nuestro país es un hecho complejo en que han influido muchos factores: cierto anticlericalismo de origen liberal; la acción de misioneros extranjeros, a menudo muy bien provistos de recursos; la dificultad de nuestra Iglesia para atender debidamente una feligresía creciente con un clero insuficiente; una deformación sistemática de la imagen de la Iglesia

presentada como rica, poderosa, autoritaria, prepotente. Sé también que la poca simpatía y estima que a veces nos manifiestan, se debe en parte a que se sintieron menospreciados por nosotros que éramos los poderosos cuando ellos eran los débiles. Ellos nos reprochan el que nos apoyamos en privilegios, en influencias que ellos no tienen pero que seguramente, llegarán a tener a medida que crezcan.

Hoy día los protestantes y grupos afines se sienten fuertes, en pleno crecimiento y exigen para sí algunos de los “privilegios” de que los católicos disfrutamos por ser la Iglesia mayoritaria, por estar en Chile desde hace más de cuatro siglos y por los inmensos servicios que la Iglesia ha dado y sigue dando al país.

Nosotros tenemos que cambiar nuestra actitud frente a los protestantes y hacer sentir al país que nuestra actitud ha cambiado y que, además, nunca ha sido tan negativa como algunos la presentan.

Tenemos que ver en los protestantes –desde los luteranos o los anglicanos mas tradicionales hasta los evangélicos o pentecostales mas libres³ antes que nada a cristianos como nosotros que se han quedado con una parte de la herencia de Cristo y de su Iglesia, rechazando otra parte que para ellos no vale mientras que para nosotros es plenamente válida y esencial: la Eucaristía, la sucesión apostólica, el primado del sucesor de Pedro, la veneración de María... Cristianos que leen la Biblia y especialmente el Evangelio, que tratan de vivirlo, que practican la oración y la caridad fraterna, que son sacrificados y apostólicos y se esfuerzan por ser santos y llegan a serlo en mayor o menor grado, como nosotros. Y en el mundo en que vivimos hoy, esa es una fuerza considerable. ¡Cómo sería el pueblo chileno hoy si no existieran, en medio de él, esos uno o dos millones de cristianos, al margen de la Iglesia Católica!

Sin duda preferiríamos que ellos fueran católicos como nosotros. Pero el verdadero ecumenismo consiste en que unos y otros nos acerquemos más y más a Cristo y nos encontremos en El. El día en que ellos y nosotros seamos mas humildes, mas caritativos, mas santos... nos entenderemos mejor, nos animaremos mutuamente, nos uniremos en Cristo. A nosotros nos corresponde empezar por nuestra parte.

Mientras tanto veamos en los cristianos –aunque no sean católicos③ hermanos, empeñados en la misma empresa de evangelizar al pueblo chileno; colaboremos en vez de obstaculizarnos, cada cual por su camino, pero todos orientados hacia la misma meta.

Y con las variantes que se imponen, procedamos de igual manera con todos los que buscan sinceramente a Dios, la verdad, la justicia, el amor y la paz, en otras religiones –judíos, musulmanes, religiones del Oriente③ o en sabidurías o esoterismos, antiguos o modernos, pero que, de alguna manera, quieren trascender el materialismo y el permisivismo de nuestra sociedad; todo el que busca la verdad, el bien, el absoluto, por cualquier camino que sea, va en la buena dirección.

3.- La opción por los pobres ¿qué significa hoy?

Durante toda mi vida de cristiano y de sacerdote ③vale decir durante casi todo el siglo XX③ he visto y he participado a veces en los esfuerzos de la Iglesia por la justicia social y por la defensa y el servicio de los pobres: Encíclicas Sociales, Doctrina Social de la Iglesia, Liga Social de Chile, Falange Nacional, Partido Demócrata Cristiano, Cristianos para el Socialismo, Iglesia Joven, Opción por los pobres, Teología de la Liberación,... Y tengo la impresión que hoy mucho de eso suena a pasado de moda, o a desvirtuado, o en proceso de mutación.

La caridad, el amor al prójimo, la solidaridad siguen existiendo pero pasan por otros cauces, dentro y fuera de la Iglesia. ¿Por qué?

a.- En primer lugar, porque los problemas económicos se presentan hoy día de forma mucho más compleja que hace un siglo o hace dos siglos. El alivio de la pobreza, por ejemplo, puede lograrse más eficazmente, al menos en algunos casos, con una receta liberal que con una receta socialista. Los pueblos socialistas o comunistas se han vuelto, en mayor o menor medida, liberales y capitalistas. Algunos empresarios ricos hacen más por los pobres que muchos que han optado por los pobres pero no tienen ni los medios ni las recetas para superar la pobreza.

b.- En segundo lugar, porque gran parte del inmenso esfuerzo que se ha hecho en la Iglesia por luchar contra la injusticia y la miseria aparece como contaminado, al menos en parte, por ideologías, por métodos, por alianzas que no dejan ver con claridad la inspiración auténticamente evangélica que la anima. Los “pobres” del Evangelio, los “anawim” de la Biblia, se confunden con el “pueblo”, el “proletariado”, los “explotados” del discurso izquierdizante; la pobreza evangélica se expresa en niveles de salarios o de rentas por deciles o quintiles; la justicia social se confunde a veces con alguna fórmula con contenido político, económico o social: sociedad de bienestar, social-democracia, cristianismo social, reforma agraria, promoción popular, opción por el socialismo sin olvidar la “dictadura del proletariado”. La misma jerarquía de la Iglesia, a lo largo de todo el siglo, ha manifestado una y otra vez su desconfianza o su rechazo de algunos de estos esfuerzos venidos de los mismos católicos, del clero incluso, y estos se han sentido incomprendidos, desautorizados injustamente.

¿Cabe alguna manera más auténtica, más profunda, menos polémica, de vivir a fondo el amor al prójimo con máxima eficacia y sin conflicto al

interior de la misma Iglesia? Yo creo que sí, pero hay que distinguir algunos niveles.

a.- Hay un nivel *intelectual* en el cual se discute acerca de como establecer un orden político, económico y social que asegure la justicia en las relaciones humanas y cómo debe actuar el amor en esas relaciones. A ese nivel deben trabajar los estudiosos, los pensadores, los que tienen la experiencia de los problemas reales, los que saben de política, de diplomacia, de economía, de sociología, de psicología, de ecología, o sea, de las ciencias humanas y de las realidades históricas. Allí se necesita una presencia cristiana, no solo de teólogos o de sociólogos sino de testigos del Evangelio, de hombres santos, que tengan “hambre y sed de justicia” y de amor a los hombres y que estén metidos y participen activamente en la vida política, económica y social. Pero es claro que ese campo no está abierto a todos.

b.- Hay otro nivel, **institucional**, en el cual estamos todos metidos. Dada la realidad institucional en que “yo” estoy metido, qué puedo “yo” hacer para que esta funcione con el máximo de justicia, de respeto y de amor a todos los hombres. ¿Cómo ser “yo” justo y bueno en mi vida diaria, dentro de los mecanismos reales en que se mueve el mundo y que pueden ser estructuralmente injustos y que no está en mi poder, ni en mi competencia, al menos por ahora, cambiar?

c.- Y hay un tercer nivel, **personal**, abierto a todos, en todo momento, en toda circunstancia, a los ricos y a los pobres: a el se refiere “Ecclesia in América” cuando habla del amor y de la solidaridad. Es lo que brota directamente del Evangelio, sin mediación de las ideologías o de las ciencias sociales. Promover esa actitud es la tarea fundamental de la Iglesia, después de la adoración de Dios. Es la caridad fraterna, la quinta

esencia del Evangelio en cuanto al quehacer del cristiano en este mundo. Es el compadecerse del sufrimiento ajeno, viéndolo como unido a y continuando la pasión salvadora de Cristo, viendo en el hermano que sufre a Cristo que sufre en ese hermano. Es lo que nos llama a preocuparnos de los demás. Al hombre casado, por ejemplo, a preocuparse de su esposa y de sus hijos, a darse tiempo para estar en la casa, para conversar con ellos, para comprenderlos, para ayudarlos, para tratar de hacerlos felices. Es el sentimiento que mueve a los más ricos de una familia a compartir con los que están pasando por un momento difícil o simplemente no tienen como salir por sí mismos de la pobreza. Es la preocupación por los que dependen de uno, trabajan por uno, viven cerca de uno. Es la atención y el servicio de los pobres y afligidos que no se limita a dar una limosna, a pagar una cuota o a participar en un beneficio, sino a involucrarnos en el problema del otro, a oírlo, a buscarle una solución real, no sólo formal. Es hacer que el otro se sienta querido, comprendido, compadecido, asumido. Y es ser así con todos, según el grado de proximidad o de afinidad que uno pueda tener con el que sufre o el grado de urgencia del problema.

Esta actitud quita tiempo y cuesta plata. La caridad fraterna es exigente, no da tregua. Invita a la **sobriedad de la vida** y al **desapego del dinero** y de la riqueza excesiva, nos plantea en cada momento dilemas entre tal necesidad urgente y grave del prójimo y tal deseo legítimo pero no indispensable mío o de mi familia. Y esta tensión se expresa en un llamado a reducir a un mínimo razonable mi propio nivel de vida para generar un excedente que yo pueda distribuir entre los que más necesitan. Es así como hay profesionales que ejercen a menudo, en forma gratuita, su profesión en beneficio de los que necesitan sus servicios y no pueden pagarlos. Es así como ciertas iglesias piden a sus fieles que den el 10% o el 20% de sus entradas para los pobres.

Esta actitud, esencialmente evangélica, aceptada y alabada por todos, la de un Padre Hurtado o de una Madre Teresa y la de muchos cristianos chilenos desconocidos, será el mas grande aporte de la Iglesia Católica a la justicia, a la paz, a la solidaridad entre los chilenos, y, de paso, abrirá a muchos los ojos de la fe en el Dios que suscita tales sentimientos y actitudes en sus fieles.

Respondería al reclamo de **felicidad** del pueblo chileno. Daría a los más necesitados la posibilidad material –y afectiva- de ser felices. Y a los más generosos, los libraría de la idolatría del dinero, de la tiranía del nivel de vida, del status insaciable y del despilfarro en vanidades. Permitiría a unos y a otros gozar de la paz verdadera y de la alegría de vivir que da la fidelidad al Evangelio.

4.- Al servicio de la familia: libertad y amor.

El ambiente chileno actual –al menos visto a través de los medios de comunicación social y en ciertos sectores, talvez marginales pero muy extensos- da la impresión de una confusión ética y digo confusión porque no es una simple y tranquila caída de lo moral a lo inmoral, sino mas bien la interferencia de un clima de inmoralidad generalizada con una notoria preocupación por la ética. No se acepta censura a la pornografía por ejemplo pero se critica con indignación los casos de pedofilia o de maltrato a menores. Se desea leyes que legitimen el divorcio civil, los anticonceptivos o la interrupción del embarazo pero, al mismo tiempo, hay una preocupación que antes no había por los discapacitados, los niños o los ancianos. Hay un consumismo excesivo y a menudo injustificado pero florecen los voluntariados, los trabajos de verano, la construcción de viviendas y otras iniciativas similares. Hay mucha violencia y mucha

delincuencia y hay también mucho deseo de justicia, de paz y de amor y una gran preocupación por el respeto de los derechos humanos.

Lo que parece no verse es la relación que existe entre los abusos éticos graves que salen a la prensa y a la pantalla y nos escandalizan a todos y el clima general de permisivismo, de búsqueda del placer a toda costa y de materialismo que nos sumerge. Atacamos las consecuencias pero no queremos cuestionar, ni menos corregir las causas.

Creo que la Iglesia debiera centrar su trabajo en el campo de la moral en la **libertad** –ya que como vimos al comienzo, el recurso a la autoridad hoy día, tiene muchos límites. Y antes que nada en la libertad interior, la libertad que permite al hombre hacer lo que él quiere, no lo que sus instintos le obligan a hacer, a menudo sin quererlo.

Libertad es antes que nada no caer en la adicción, en la dependencia, pero no solo de la droga sino en todos los aspectos de la vida.

Los médicos están preocupados por la obesidad y aconsejan a los jóvenes no consumir tanta comida chatarra, tanto helado y tanta coca-cola para mantener la salud, la línea, la eficiencia deportiva, las posibilidades de trabajo. Y los jóvenes les hacen caso, a veces hasta llegar a la anorexia, porque quieren emular a los deportistas o a las modelos.

Tenemos que ir mas allá. Hay una verdadera dependencia del dinero, del consumo innecesario, del status, de las marcas, de las entreteniciones, de las fiestas, de los deportes excesivamente costosos. La sobriedad –tenemos que recordarlo- la sencillez son liberadoras, nos hacen disponibles para las cosas grandes.

Nosotros debemos alentar a los jóvenes a controlar no solo el apetito, o el deseo del alcohol, de la droga o del dinero sino también el instinto sexual. ¿Con qué argumentos? Para que sean capaces de una verdadera amistad entre jóvenes; para que puedan experimentar un verdadero amor,

con dignidad y con respeto, para que puedan formar una familia que les dé seguridad afectiva, ayuda mutua y la posibilidad de rejuvenecerse en contacto con los niños y los nietos. Por fin se les puede demostrar que la dependencia del sexo impide toda verdadera vida espiritual e incluso una sana vida intelectual o artística.

El pueblo chileno necesita limpieza de corazón y firmeza de carácter para rechazar las sollicitaciones del dinero, del sexo, de la droga y para poder trabajar bien, formar buenas familias, ser creativos... Pero esto tiene que presentarse como una necesidad interior del hombre que quiere realizarse en plenitud, que quiere ser libre para ser feliz y para hacer el bien. Y los responsables del orden público tienen que facilitar su tarea creando un clima que favorezca el pleno uso de esa libertad interior.

En cuanto a la **familia** tenemos que insistir en todo lo que hace posible la familia bien constituida: la vivienda, el urbanismo, el trabajo justamente remunerado, la educación, la salud. Las medidas de autoridad prohibiendo explícitamente como pecado tales o cuales prácticas que efectivamente van en contra del orden natural y divino, o las medidas institucionales que pretenden cerrar el paso, por la fuerza de la ley, a esas mismas prácticas suelen despertar una resistencia inmediata. No es que tales medidas no sean buenas en sí: es que para conseguir resultados hay que ver las situaciones también desde el punto de vista de los que las están viviendo, a veces con mucho sacrificio y mucho dolor y que necesitan y piden comprensión y ayuda más que juicios condenatorios.

Los educadores y los misioneros saben muy bien que la perfección moral es el resultado de un proceso en que cada precepto tiene su tiempo y no se puede, de partida, exigirlo todo a quienes están recién empezando o tienen una especial dificultad para cumplir, en ese momento, un determinado mandamiento. La ética no cambia pero la pedagogía de la

ética sí cambia, la educación moral cambia. Hoy se valoriza más el impulso interior del sujeto convencido que las cortapisas objetivas con las que se le quiere impedir hacer el mal.

El argumento supremo, como en el Evangelio, debe ser el amor: despertar el amor, hacerlo posible, hacerlo crecer y verlo todo desde el.

5.- Cambiar nuestras “rutinas” pastorales.

Nuestro clero disminuye, en proporción a la población. Y el pueblo de Dios está cambiando aceleradamente de mentalidad, lo que hace su atención cada vez más difícil. Las circunstancias de la vida de hoy: el televisor, el teléfono celular, el internet, el auto propio cambian la vida de la gente, su manera de pensar, de sentir y hasta de creer y de vivir su fe.

Fuera de nuestra Iglesia “tradicional”, que se debilita pero sigue viva y de nuestra Iglesia “actual” que hace más de lo que puede, hay una Iglesia “crítica” que no siempre sabemos manejar. Existe la impresión de que el clero trata de seguir haciendo lo mismo que ha hecho siempre, aun sintiendo que no se la puede; y que cada cual se esmera por encontrar nuevos caminos, de acuerdo con su iniciativa, su capacidad y su preparación.

Tengo la impresión que no se integran aun plenamente en el esfuerzo pastoral de la Iglesia los diáconos, los religiosos y religiosas dispuestos a hacerlo, y sobre todo los laicos: animadores de comunidades, guías litúrgicos, ministros de la Eucaristía, catequistas, profesores de religión. Y que no están recibiendo de los pastores la atención y el apoyo espiritual que necesitan.

Creo que hace falta una revisión de nuestra “rutina” pastoral, o sea ese trabajo de base que durante siglos se centró en la parroquia tradicional

y en el párroco pero que ahora los sobrepasa. La pastoral debe asumir una buena parte de esa tarea, a nivel **diocesano** y **nacional**, y reorganizarla de acuerdo a las circunstancias.

1. Una misa dominical bien celebrada, una liturgia sobria pero hermosa, una música y un canto religioso de mejor calidad, una mejor participación de la comunidad y una homilía que oriente la vida de los fieles, los ayude a comprender el mundo en que viven y los lleve a Dios: estas son metas básicas de toda pastoral, falta mucho que hacer para que estén satisfactoriamente cumplidas y hoy es más necesario que nunca que lo estén.
2. Una mejor formación y una clarificación de los roles de **diáconos** y de los **laicos** mas integrados y responsables de la pastoral. Tenemos que acostumbrarnos a trabajar, no solo con unos cuantos presbíteros que tienen los mismos siete años de formación teológica universitaria que nosotros los obispos, sino con diáconos y ministros laicos, catequistas y profesores de religión, secretarias parroquiales y laicos encargados de múltiples tareas en la Iglesia; tenemos que conocerlos, formarlos, apoyarlos espiritualmente, oírlos, tomarlos en cuenta. Alberto Hurtado pudo crear el Hogar de Cristo y Rafael Larraín el Instituto de Educación Rural porque supieron elegir, formar y apoyar a centenares de laicos cristianos quienes hicieron el trabajo y lo hicieron muy bien.
3. Podría talvez ligarse más la pastoral, a nivel de la parroquia o de la comunidad de base, y aun en los colegios, con la preparación y la celebración de los **sacramentos**. El Matrimonio y el Bautismo podrían ser la base de la pastoral familiar. La Primera Comunión, la de la pastoral de los niños, incluyendo el acolitado que podría

sustituir, en parte a nuestros antiguos seminarios menores; la Confirmación, la de la pastoral de la juventud; la Unción de los Enfermos y la Comunión a domicilio, la de la pastoral de los enfermos. Una buena homilía con ocasión de un matrimonio o de un funeral puede ser una excelente catequesis de la familia y del amor, o del dolor y de la muerte, que llega a muchos que solo van a la Iglesia en esas oportunidades.

4. Me decía un obispo que tenemos los obispos chilenos muy buenas **ideas** pastorales pero que carecemos de **instrumentos** pastorales adecuados. Como una excepción, señalaba el Oremus. Pero nos faltan un Catecismo Base, basado en el Catecismo Católico; una Historia Sagrada; una edición de los Cuatro Evangelios con letra grande y clara y un mínimo de notas claras y sencillas, más espirituales que científicas; un Manual Elemental de Liturgia para todos los que participan activamente en ella; una Guía de la Iglesia Católica Chilena que ayude a los fieles a conocer su Iglesia y su lugar en ella; una Guía Ecuménica para las relaciones con nuestros hermanos cristianos, o religiosos pero no católicos. Estos libros tendrían que estar en todas las parroquias y capillas, en todos los hogares católicos, hechos por entendidos, muy estudiados en cada detalle, aprobados e impulsados por todo el Episcopado y editados en grandes números para abaratar su costo. El mismo Oremus, que tanto bien ha hecho y sigue haciendo, podría ser revisado y puesto al día de acuerdo con la situación actual de los católicos chilenos.
5. Tenemos también que revisar todo lo referente al ministerio de la Penitencia, a la formación espiritual de los fieles y a la conversación

con los que acuden a nosotros, no solo en cuanto a la disponibilidad de los presbíteros para darles tiempo y dedicación sino también en cuanto a su preparación para entender mejor al hombre y a la mujer que acude a nosotros, buscando luz y esperanza en medio de la gran confusión en que muchos se debaten. Una salita que permita conversar cara a cara, sustituyendo o completando el confesionario puede ser un signo de un cambio de actitud del clero, más dispuesto a escuchar, a abrirse a la realidad del mundo y de los hombres.

6. En cuanto a las **intervenciones públicas** de la Iglesia, vengan de un obispo o de la Conferencia Episcopal, deberían ser pensadas en función del destinatario; su estilo redaccional y su contenido cultural deberían indicar a quienes nos estamos dirigiendo: si a nuestros fieles, la Iglesia actual que depende mas directamente de nosotros; o si a esa amplia y difusa Iglesia tradicional, que debemos atender y guiar con mucha dedicación; o si a la Iglesia crítica, al país entero, a las autoridades nacionales, al mundo de la cultura: en tal caso tenemos que usar un estilo diferente, el estilo del mundo al cual ellos pertenecen y de su cultura, sin recurrir a fórmulas eclesiásticas trilladas que producen rechazo en los elementos mas laicos o que quieren simplemente que la Iglesia transmita la buena nueva del Evangelio en el lenguaje de todos.

En este mismo campo de la palabra, habría que buscar la manera que los millares de homilías que se predicán cada domingo dejen de ser un género literario pasado de moda e ineficaz y sirva realmente para orientar y para santificar al pueblo de Dios. Tal vez deberíamos entregar a todos los que predicán una ayuda que les permita levantar el nivel, y adecuar mejor a los que lo escuchan, el ministerio de la palabra que parece haber perdido prestigio y eficacia.

7. Las **vocaciones sacerdotales** y **religiosas** pueden surgir en la Iglesia de muchas maneras diferentes. Pero muy a menudo, en el origen de una vocación, hay un hombre o una mujer carismático, que irradia fe y amor en el testimonio de su vida; o hay una causa clara y convincente, capaz de entusiasmar a jóvenes generosos, una posibilidad de abrirse al futuro, de producir cambios de mentalidad y de estilo de vida; o hay una atención espiritual esmerada del joven o de la joven, como la que dan algunos movimientos apostólicos, especializados en formar espiritualmente y apostólicamente. La fuente inagotable de las vocaciones está en las virtudes teologales vividas e irradiadas por cristianos. Es cuestión de ver dónde hay vocaciones y dónde no las hay. Y hay que aceptar también que haya muchos tipos de vocaciones diversas, desde los institutos seculares hasta las antiguas órdenes contemplativas, desde el clero diocesano hasta las familias religiosas más especializadas; que hay muchas espiritualidades diferentes y que cada cual debe elegir la que le conviene y respetar a los que toman una opción diferente.

6.- Una Iglesia más participativa

Cada cierto tiempo los obispos aprueban, para toda la Iglesia Chilena, unas “orientaciones pastorales”. Estas son preparadas, por lo general, por sacerdotes diocesanos, considerados “pastoralistas” - especialistas en pastoral- quienes se consultan con quienes estiman conveniente. Tengo la impresión que esas orientaciones llegan bien al clero diocesano, a las parroquias, a las comunidades de base y, en general, a la parte de la Iglesia que se conecta directamente con los obispos.

Otra gran parte de la Iglesia, muy influyente, muy activa, y muy capacitada, queda fuera de la preparación de estas orientaciones, y por lo

mismo, se interesa poco en su aplicación. Son las familias religiosas masculinas y femeninas y los grupos laicos que dependen de ellos, los jesuitas, los salesianos, las religiosas y religiosos educadores, y tantos otros. Son los movimientos apostólicos y tantos grupos de cristianos, por lo general bien formados y bien atendidos: Schönstatt, Opus Dei, Focolarinos, Neo-catecumenado, Legionarios de Cristo, Cursillos de Cristiandad, CVX, comunidades de los Sagrados Corazones... Son los millares de personas católicas importantes e influyentes, académicos, profesionales, empresarios, literatos, artistas, políticos, líderes en sus distintas actividades pero que no siempre están conectados, al menos vitalmente, ni con su parroquia, ni con algún movimiento católico organizado.

¡Cómo cambiaría nuestra Iglesia Católica Chilena si hubiera instancias que permitieran a todos estos grupos y a todas estas personas participar en la conducción de la Iglesia, informando de lo que ven y de lo que piensan y ofreciendo sus mil maneras de colaborar que sobrepasan por mucho los reducidos medios de los que dispone la Conferencia Episcopal reducida a sí misma.

CONCLUSIÓN

Nuestra Iglesia necesita un cambio de **rostro**. ¡Más que eso! un cambio de **estilo**, un corazón nuevo. Una mirada nueva.

La Iglesia maneja la levadura que es el Evangelio. La amasa con la harina que es el mundo para formar, hasta donde pueda, el pan de una cultura y de una sociedad cristianas. El resultado es diferente según sea la harina. En los últimos años ha cambiado la harina del mundo. Ya no podemos hacer el pan al que estábamos habituados. La harina de hoy es reacia a dejarse fermentar por nuestra levadura. Tenemos que purificarla y acrecentarla y amasarla con la harina del mundo en que vivimos hasta lograr un pan sabroso y saludable, que será muy diferente del que comieron nuestros padres pero que gustará más a las generaciones nuevas. Es la razón de ser de la Iglesia de Cristo. Es la continuación de la obra del Espíritu Santo en la historia.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena